



HERMANDAD SACRAMENTAL Y REALES COFRADÍAS FUSIONADAS
DE NTRO. PADRE JESÚS DE AZOTES Y COLUMNA, STMO. CRISTO DE LA EXALTACIÓN,
STMO. CRISTO DE ÁNIMAS DE CIEGOS, MARÍA STMA. DE LÁGRIMAS Y FAVORES, E
ILUSTRE ARCHICOFRADÍA DE LA STA. VERA+CRUZ Y SANGRE,
NTRA. SRA. DEL MAYOR DOLOR Y SAN JUAN EVANGELISTA,
PRIMITIVA DE LA CIUDAD

XXXVIII CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CRUZ

LAURA BERROCAL MONTAÑEZ
HERMANA MAYOR DE LA ARCHICOFRADÍA DE LA SANGRE

MÁLAGA,
12 DE SEPTIEMBRE DE 2020
PARROQUIA DE SAN JUAN BAUTISTA



HERMANDAD SACRAMENTAL Y REALES COFRADÍAS FUSIONADAS
DE NTRO. PADRE JESÚS DE AZOTES Y COLUMNA, STMO. CRISTO DE LA EXALTACIÓN,
STMO. CRISTO DE ÁNIMAS DE CIEGOS, MARÍA STMA. DE LÁGRIMAS Y FAVORES, E
ILUSTRE ARCHICOFRADÍA DE LA STA. VERA+CRUZ Y SANGRE,
NTRA. SRA. DEL MAYOR DOLOR Y SAN JUAN EVANGELISTA,
PRIMITIVA DE LA CIUDAD

XXXVIII CONSIDERACIONES EN TORNO A LA CRUZ

LAURA BERROCAL MONTAÑEZ
HERMANA MAYOR DE LA ARCHICOFRADÍA DE LA SANGRE

MÁLAGA,
12 DE SEPTIEMBRE DE 2020
PARROQUIA DE SAN JUAN BAUTISTA

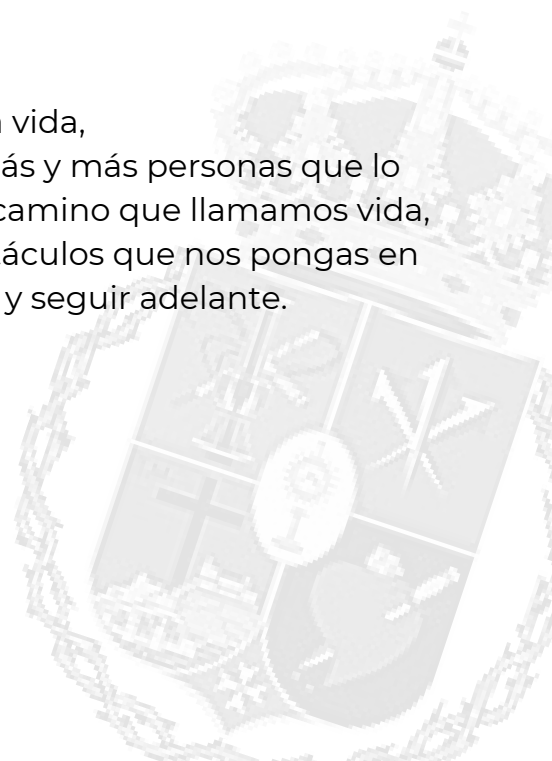


TRIUNFO DE LA CRUZ SOBRE LA MUERTE
RAÚL BERZOSA



Hijo mío
Que estas en la tierra,
Preocupado, solitario, desorientado.
Yo conozco perfectamente tu nombre,
Y lo pronuncio santificándolo
Porque te amo.
No estás solo,
Sino habitado por Mí
Y juntos construiremos este Reino,
Del que tú vas a ser heredero.
Me gusta que hagas Mi voluntad,
Porque Mi voluntad es que tú seas feliz.
Cuenta siempre Conmigo
Y tendrás el pan para hoy.
No te preocupes.
Solo te pido que sepas
Compartirlo con tus hermanos.
Sabes que te perdono
Todas tus ofensas
Antes incluso que las cometas,
Por eso es que te pido que hagas lo mismo
Con los que a ti te ofenden.
Para que nunca caigas en la tentación,
Tómame fuerte de mi mano
Y Yo te liberaré del mal.
Te quiere desde siempre
Tu Padre

Gracias Dios por darnos el don de la vida,
por permitirnos vivir un día más y seguir ayudando a más y más personas que lo necesitan, danos tu bendición para continuar este largo camino que llamamos vida, lleno de bendiciones y de personas buenas. Que los obstáculos que nos pongas en el camino no sean impedimento para continuar y seguir adelante.



PREÁMBULO

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad Sacramental y Reales Cofradías Fusionadas de Nuestro Padre Jesús de Azotes y Columna, Santísimo Cristo de la Exaltación, Santísimo Cristo de Ánimas de Ciegos, María Santísima de Lágrimas y Favores, e Ilustre Archicofradía de la Santa Vera+Cruz y Sangre, Nuestra Señora del Mayor Dolor y San Juan Evangelista, Primitiva de la Ciudad.

Sr. Mayordomo de la Santa Vera+Cruz y Sangre.

Cofrades. Señoras y señores.

Gracias. Gracias, querido hermano José Manuel por tu petición y confianza. Gracias por elegirme a pesar de que no soy una especialista ni teóloga. Ante vosotros una simple cristiana y cofrade. Gracias por querer que nos reunamos, con mi voz como clamor, en torno al leño verde de la Vera+Cruz. Gracias, querido Eduardo, por tus palabras.

Gracias por confiarme la tarea de disertarles la XXXVIII edición de las "Consideraciones en torno a la Cruz", en este año en que, nuestra Diócesis, tuvo la alegría y el honor de recibir la visita de la Cruz de Lampedusa, bendecida por Su Santidad, el Papa Francisco, y mandada a recorrer el mundo como recuerdo de aquellos que migran buscando una vida mejor.

La Cruz vino a Málaga y a su provincia. La Cruz del Señor se hacía presente en las parroquias, en los pueblos, en las oraciones de todas las personas, jóvenes y ancianos, que se acercaban a contemplar de cerca aquellos dos travesaños de una embarcación naufragada en las costas italianas.

En Málaga, la recibimos en la parroquia del Carmen. Una Cruz marinera ante la Marinera celestial. Esto solo podía pasar en esta bendita ciudad, que sabe de mar lo que los siglos de historia la avalan: "tela marinera". En la homilía de bienvenida se dijo que la Cruz era, sobre todo, una invitación a rezar por un mundo mejor (*Homilía de la Eucaristía de Acogida, por José A. Benítez*).

Ahora, cuando estas últimas palabras resuenan en mi interior y bajo las bóvedas de San Juan, voz que ruge en el desierto, suena casi premonitorio, pues participar en tan especial acto de una Cofradía con más de quinientos años de historia es un reto. Es, también, una bonita coincidencia ya que yo pertenezco a otra Cofradía con la misma, más o menos, antigüedad y que integró a la Hermandad del Santo Sudario. Muchas similitudes se guardan entre las dos corporaciones más antiguas de nuestra ciudad malagueña. Las dos tienen como protagonista la Cruz. ¿Solo las dos? No, pues para cada uno de nosotros, la Cruz es el mayor signo de nuestra Fe.

Y aquí estamos todos. Aún con el salitre de nuestras playas en la piel y el murmullo del mar en el rebalaje. Con inicio del curso, con vuelta al trabajo y al colegio, con normalidad o sin ella, aquí estamos, cristianos y cofrades, en vísperas de la celebración de la Exaltación de la Santa Cruz. Hoy, en vez de estar en casa, la playa o en cualquier otro lugar estamos aquí. En un templo, la Parroquia de San Juan Bautista, ante el Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Sangre. Rezando. Como la Magdalena, rezando, porque esto también es orar.

Bendita locura la de los cofrades. Cientos de cofrades que en nuestra ciudad viven al servicio del prójimo, dando testimonio de fe diario con Jesucristo como ejemplo. Viviendo a los pies de la Cruz con la esperanza en el Sábado Santo para celebrar el Domingo de Resurrección, porque la historia de Jesús no termina en la muerte. Cuando recordamos la Cruz de Cristo, nuestra Fe y Esperanza se centran en el Resucitado. Por eso para San Pablo la Cruz era motivo de gloria.

Y llevamos meses atravesando una situación excepcional, viviendo días de dificultad, pero llenos de Fe, Esperanza y Caridad. No sabemos vivir de otra forma. Y es que, aunque no la veamos, como pasó entre diciembre del año pasado y enero del presente, la Cruz del Señor nos visita cada día. Nos visita en Corinto cada vez que una familia viene porque no tiene para comer. Nos visita cada vez que las puertas de nuestras Casas Hermandades se abren para recibir en nuestras Vocalías de Caridad a los que no pueden pagar alguna factura. Pero, sobre todo, nos ha visitado duramente en estos tiempos en los que hemos visto cómo nuestro modo de vida se tambaleaba y, de un golpe certero, nos sensibilizamos sobre el dolor y sufrimiento de los hermanos.

Y vimos que nuestra Cruz era una carga pesada, una carga que no podíamos soportar. Y volvimos la mirada hacia Cristo, implorantes, desconcertados por lo que acontecía. Y el Señor nos dijo entonces: "toma tu Cruz y sígueme. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Mt. 16, 21-27). Y el Señor se hizo presente en nuestra Cruz: en los hospitales, en las residencias de ancianos, en cada hogar sin trabajo, en quien se arriesga la vida por otros, enfrentándose a la propia muerte, exponiendo a los suyos propios, en quienes pudiéndose salvar los primeros se pusieron los últimos.

Pero la Cruz, para los cristianos, es el sufrimiento que voluntariamente aceptamos como una consecuencia de nuestra decisión de seguir a Jesús. Esta fiesta anual nos recuerda que la Cruz siempre conduce a la Resurrección y, así, cada sufrimiento puede ser necesario y un medio divino para nuestra salvación y santificación. Por ello, como diría Mateo: "Bienaventurados todos los que sufren a causa de la justicia" (Mt. 5, 10). Así pues, bienaventurados vosotros, hermanos Fusionados, hoy más que nunca, que con vuestra cinco veces centenaria Cofradía, sois magnífico ejemplo de que la Cruz, del triunfo de nuestro Señor sobre las fuerzas del pecado y la muerte, es el signo más perfecto.

CRUCIFICADOS EN EL AMOR

Signo perfecto del Triunfo del Señor, pero también, como dije, de nuestra Fe. Una Fe que encuentra sus cimientos en el amor.

Amor. Nadie nos ama como Él nos amó. Somos para el Señor.

Si estamos en una Hermandad o Cofradía, es por el Señor. Si sacamos un trono a la calle, es por el Señor. Si disfrutamos en nuestra feligresía, en nuestras estaciones de penitencia, de los cultos, es por el Señor. Si peregrinamos, si cargamos, si nos abatimos, es por el Señor. Siempre somos para el Señor, para el Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Sangre. Nada de lo que hacemos es para nuestro lucimiento, nuestra hermandad o ciudad, es por Él porque, además, somos hermanos del Señor, hijos de un mismo Padre en el Espíritu.

Todos tenemos un mismo origen: la Sagrada Trinidad que nos ha creado por amor. Y un destino común: el cielo, la vida eterna. La Cruz nos enseña cuál es nuestra verdadera identidad. La Cruz es signo del Amor Divino y de nuestra reconciliación. Es el signo del cristianismo. Jesús advirtió como nos cuenta Mateo: "El que no toma su Cruz y me sigue no es digno de mí" (*Mt. 10, 38*).

Sin embargo, hoy parecemos asistir a la desaparición progresiva del símbolo de la Cruz. Se retiran de las casas de los vivos y de las tumbas de los muertos, y se está evaporando, sobre todo, del corazón de muchos hombres y mujeres a quienes importuna contemplar a un hombre clavado en la Cruz. Esto no es una novedad ni sorpresa, pues ya desde el inicio del cristianismo San Pablo hablaba de falsos hermanos que querían abolir la Cruz. Como leemos en la epístola a los Filipenses: "Porque son muchos y ahora os lo digo con lágrimas, que son enemigos de la Cruz de Cristo" (*Flp. 3, 18*).

La Cruz es símbolo de humillación, derrota y muerte para todos aquellos que ignoran el poder de Cristo para cambiar la humillación en exaltación, la derrota en victoria, la muerte en vida y la Cruz en camino hacia la luz.

¿Creéis en el poder de la sangre de Cristo? Si la tierra que pisó Jesús es Tierra Santa, la Cruz bañada con la sangre de Cristo, con más razón, es Santa Cruz. La misma Cruz que veneramos en las reliquias que algunas de las Cofradías malagueñas custodian. En esos pequeños trozos de la Vera+Cruz de Cristo, la que arrastró por el camino polvoriento de la tortura y la humillación, la que lo elevó sobre nuestras cabezas para que pudiéramos ver al Hijo del Hombre, la Cruz que fue encontrada por Santa Elena, en esos trozos de Vera+Cruz, está el recuerdo del Amor Divino, del amor del Padre, del Amor del Hijo que dio su vida por sus amigos (*Jn. 15, 13*).

No fue la Cruz la que mató a Jesús sino nuestros pecados. Cómo dice Isaías: "Él ha sido herido por nuestras rebeldías y molido por nuestros pecados, el castigo que nos devuelve la paz cayó sobre Él y por sus llagas hemos sido curados" (Is. 53, 5).

¿Cómo puede ser la Cruz signo maldito, si nos cura y nos devuelve la paz? La Cruz, nuestro símbolo, nuestro saludo. ¿Representa dolor, martirio o carga? No, es todo amor, triunfo y misericordia. Debe ser nuestra Cruz Guía que acompaña nuestro camino.

CRUZ Y CAMINO

Esa Cruz Guía plateada y radiante que vemos cada Miércoles Santo anunciando que el señor de la Puente y nuestra Madre Santísima de la Paloma se acercan y nos guían a buen puerto de vida eterna.

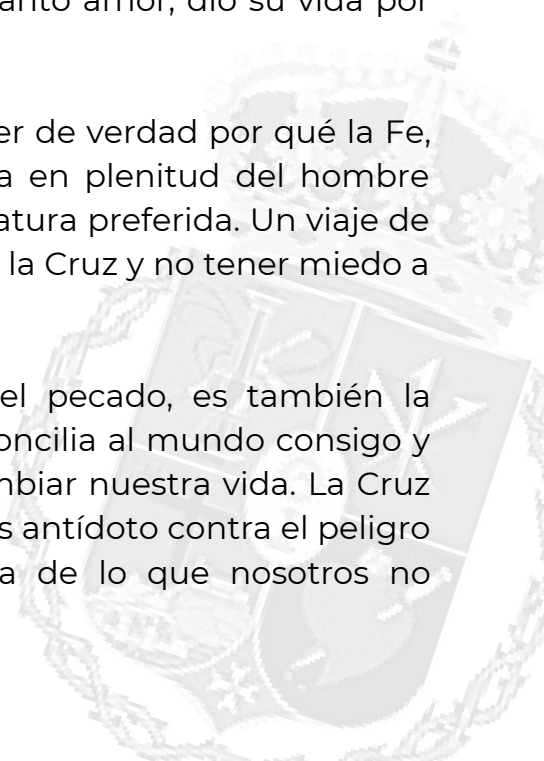
Esa Cruz Guía es Redentora del Mundo y Nuestra Bendita Madre es Mediadora. En muchísimas ocasiones nos sentimos cansados, abatidos, sentimos una Cruz pesada y plena de Penas, pero en un suspiro, nuestra Madre nos auxilia y nos sentimos Ricos en Amor. Fue Él quien expiró en la Cruz por nosotros, para que pudiésemos alcanzar el Reino de los Cielos y nuestros Dolores y Lágrimas fueran cubiertos por el Consuelo eterno.

Esa Cruz Guía nos conduce hacia el apasionante viaje que debe ser la vida de los cristianos. Es el camino a la libertad. Viaje a la libertad, con libertad, en el que vamos viendo cómo se nos terminan cayendo tantas cosas que quieren pegarse a nuestro corazón pero que, constantemente, lo apagan porque no forman parte de su ser.

Ese éxodo que tenemos que recorrer en nuestra vida, tiene como meta el amor, realidad esencial y primera del hombre, la única verdad que conforma y hace crecer al hombre en lo que es. Dejemos a un lado nuestros egos, pretensiones y protagonismos. Él, en la Cruz con tanto dolor, pero con tanto amor, dio su vida por nosotros. Amémonos. Respetémonos.

Es el viaje que todos tenemos que hacer para comprender de verdad por qué la Fe, la vida cristiana, es una apuesta de totalidad por la vida en plenitud del hombre creado por un Dios absolutamente apasionado con su criatura preferida. Un viaje de libertad para llegar a vivir desde el amor, para no rechazar la Cruz y no tener miedo a hacerla nuestra.

Pero la Cruz, además de revelar el drama humano del pecado, es también la revelación de la misericordia de Dios. Dios en la Cruz reconcilia al mundo consigo y ahí comienza la redención. A partir de la Cruz puede cambiar nuestra vida. La Cruz es el asiento de la misericordia, la fuente de la salvación. Es antídoto contra el peligro del desaliento y la desesperación. La Cruz nos rescata de lo que nosotros no



podemos salir. Y lo puede Jesús en la Cruz porque el amor de Dios todo lo transforma. El pecador tiene que aprender a que el Redentor bañe su existencia con su sangre y agua para renacer a una vida nueva.

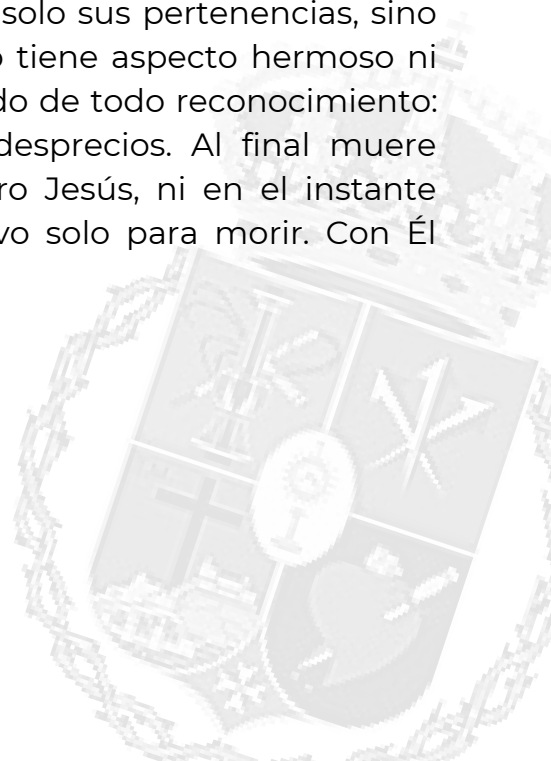
Juan lo recoge en palabras del propio Señor: "Cuando yo sea levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí" (*Jn. 12, 32*). No ha existido en la historia fascinación más poderosa que la ejercida por este bendito signo de amor y de vida para todos.

Con clavos atan las manos y los pies a la Cruz. Pero la contemplación de Jesús crucificado nos lleva a clavar los ojos en el signo del amor y de la victoria. Hemos sido mordidos por la serpiente del egoísmo, del cuchicheo, de la infidelidad, y mirar al crucificado nos curará. ¿Qué tiene la Cruz que ha robado tantos corazones? Como en el caso del centurión, que dice: "Realmente, este hombre era el Hijo de Dios" (*Mc. 15, 39*). ¿Qué tiene ese misterio de la Cruz que no podemos apartarnos de él? Hay algo atractivo en este amor humillado. Jesús es fuente de amor y de vida y nos es imposible apartar nuestra mirada de Él.

En la Cruz, contemplamos también la oración de Jesús. En la Cruz, en la dificultad, en la oscuridad, con su oración, Jesús nos invita a permanecer siempre con nuestra mirada puesta en el Padre para no dejarnos vencer por el desaliento o la desesperanza.

En la Cruz, recibimos igualmente el sacrificio de Jesús. Clavemos nuestros ojos en el costado abierto de Jesús, y apreciemos cómo nuestro Señor se vació de su amor, un amor que todo lo entrega a la Iglesia y a la humanidad. En esa agua y esa sangre, los Sacramentos de la Iglesia, que brotaron, para vida de todos nosotros, del corazón abierto de Jesús. El Señor, el Redentor, nos da todo lo que tiene y, desde entonces, ese corazón que nos ama con la inmensidad de Dios a los hombres nos cobija, nos aloja de tal forma que nada nos podrá arrancar de ese asiento.

En la Cruz, Jesús es despojado de todo. Se le quitan, no solo sus pertenencias, sino también aquello que le queda de humanidad, pues, "no tiene aspecto hermoso ni majestad para que le miremos" (*Is. 53, 3*). Muere despojado de todo reconocimiento: humillado por los viandantes, rodeado de insultos y desprecios. Al final muere despojado entregándolo todo: hasta la propia vida. Pero Jesús, ni en el instante postrero, ni durante de las tinieblas el momento, estuvo solo para morir. Con Él estaban su madre y las mujeres.



Y EN LA CRUZ, NUESTRO CONSUELO

Y junto al Señor, y junto a su Cruz, encontraremos a su madre, consuelo de los Dolores del cristiano. En la Cruz está el sufrimiento, pero también los Favores de la mediación maternal que acuden presurosos a enjugar nuestras Lágrimas.

¿Quién sabe más de dolor que Ella? ¿Quién sabe más sobre el sufrimiento callado de una madre desvelada en la noche por las vicisitudes de los suyos? ¿Quién sabe más del dolor que padece un hijo cuando llorando nos confiesa aquello que le aflige? ¿Quién sabe más de cómo mediar ante el enfado del padre por alguna trastada del chiquillo?

María, que es madre de todos los cristianos, y que al hacer suyo el dolor de su Hijo Redentor, sintiendo su corazón traspasado por una espada (Lc. 2, 35), hizo suyas nuestras aflicciones. Las hace suyas, porque desde la Cruz nos vino dado este regalo que es el amor, maternal y protector, de la Santísima Virgen: “Mujer, he ahí tu hijo” (Jn. 19, 26). Desde entonces, desde que Juan el Amado la acogió en su casa, las generaciones la llamamos, no solo bienaventurada, sino también madre.

¡Madre! A María Bendita, dolorosa y afligida junto a la Cruz, como fuente de fortaleza ante las adversidades, como compañía tan necesaria hoy día ante la oscura y silenciosa soledad.

¡Madre! A María Santísima, como última esperanza a la que acogerse cuando las fuerzas nos faltan y caemos bajo el peso de nuestras propias Cruces.

¡Madre! A María Inmaculada, que nos lleva de la mano cuando estamos al borde de nuestras penurias para dejarnos ver desde la cima el vasto valle de felicidad que nos aguarda más allá de todo este valle de lágrimas.

María, que nos acompaña en este camino de la Cruz, como acompañó a su Hijo. Bien lo sabe su Santidad Francisco, cuando en mayo proclamó a María como consuelo del migrante en las nuevas letanías del Santo Rosario, oración que nos encadena al amor maternal de la Santísima Virgen. Bien lo sabe el Papa Francisco que somos migrantes en esta vida, pues, ¿qué es un cristiano si no un alma que camina a la espera del encuentro con el Padre Celestial y cuyo consuelo lo busca en la Virgen María? Ella es consuelo de afligidos, consuelo de pecadores, consuelo de los enfermos.

¡Cuánto amor se guardaba en el madero!, en ese leño verde que floreció, que de tanto amor como guardaba sus maderas quebró y desde el mismo cielo, que en la Cruz se nos abrió, desde allí mismo se nos regaló, el amor de la Madre de nuestro Redentor. ¡Oh Santa y Vera+Cruz! Tú, que fuiste el Mayor Dolor, por su Sangre y Redención, fuiste y eres para el cristiano, madero de Consolación.

CRUZ REDENTORA

Pero, sobre todo, la Cruz es la Redención.

Redención real que sabe hallar a todo aquel que desea encontrarse con ella y aceptarla libre y gratuitamente, pues libre y gratuitamente fue ofrecida en el Gólgota, hace dos mil años, para ser rescate de pecadores.

Centrémonos, por un momento, en la Pasión del Señor. La Pasión fue un tema que acompañó el pensamiento de San Agustín, Obispo de Hipona, a lo largo de toda su vida y magisterio, destacando siempre y ante todo que Jesús se hizo hombre para ofrecer a su Padre la inmolación de su propia vida en rescate del género humano.

Mucho tuvo que ver San Agustín en la difusión del concepto de Jesucristo Redentor, pues si bien hoy es algo que casi damos por hecho, esa idea en aquel tiempo era algo totalmente nuevo. Así lo atestigua el hecho de que, nuestro padre San Agustín, dejara escrito en su "Comentario a los Salmos", con una sencillez no exenta de belleza y profundidad, la misión salvífica y redentora de Cristo:

"Los hombres se hallaban cautivos bajo el dominio del diablo [...]. Se pudieron vender, pero no redimir. Vino el Redentor, y pagó el costo; derramó su sangre y compró el orbe de la tierra. Me preguntaréis: ¿Qué compró? Mirad lo que dio y sabréis lo que compró. La sangre de Cristo es el precio. ¿Cuánto vale? Todo el orbe, todas las gentes" (*Comentario a los Salmos 95, 5*).

De tal Gracia resulta que la sangre derramada en la Pasión es el precio pagado en rescate, defendiendo este Padre de la Iglesia que la Cruz en la que entregó Dios su vida, no es un instrumento de maldición o de tortura, sino que es, ante todo, el camino que nos conduce hacia el mismo Dios. San Agustín vio, además, en los maderos que conforman la Cruz, distintas virtudes y cualidades espirituales que el cristiano debe tener.

"En este misterio [*el de la Pasión y Redención*] se presenta la figura de la Cruz. Si Él murió porque quiso, murió también como quiso. No eligió en vano tal género de muerte, sino para constituirse maestro de la anchura y longitud, altura y profundidad. La anchura es el palo transversal que se clava en lo alto; se refiere a las buenas obras, porque en él son clavadas las manos. La longitud es el palo que baja desde el anterior hasta la tierra; en él, se está, se permanece, se persevera, y eso es propio de la longanimidad [*esto es, la generosidad*]. Altura es la parte del leño que va desde el palo transversal hacia arriba y corresponde a la cabeza del crucificado: es la expectación de los que esperan bien de las cosas superiores. En fin, la parte del leño que no aparece, porque se oculta en la tierra y desde donde surge la Cruz, significa la profundidad de la Divina Gracia" (*Carta 140, 64*).

La Cruz se convierte de esta forma para el Obispo de Hipona en la señal de la victoria de Dios sobre el pecado y la muerte, camino y vehículo, dogma y ejemplo, que todo cristiano debe recorrer y tomar para alcanzar el reino de los cielos.

La Cruz, por tanto, es desde la dulzura de los poetas o desde la aridez de los teólogos el faro y guía, nuestra Cruz Guía, de la vida del cristiano. Bien saben de esto los cofrades, pues todos sus actos son presididos por el signo de la Cruz.

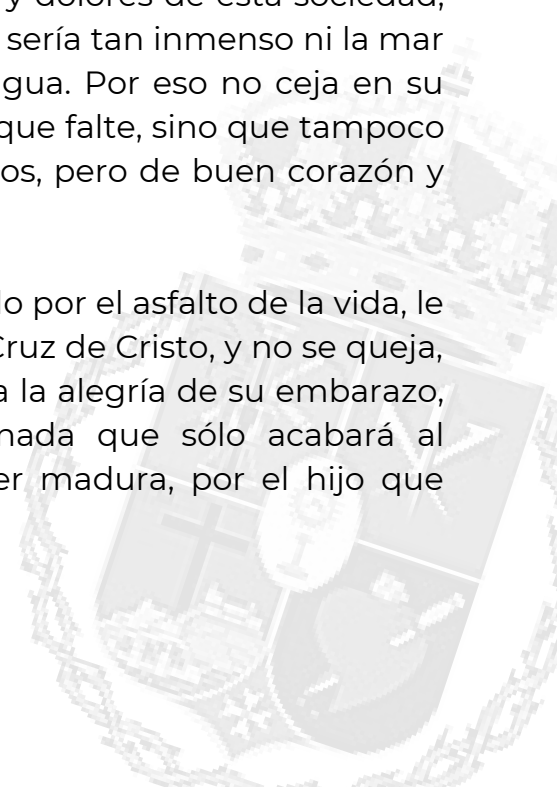
El cofrade sigue el mandato: "Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz cada día, y sígame" (Lc. 9, 23). Y lo sigue, no el día de la procesión, lo sigue en todos y cada uno de los días del año. Ya lo dije más arriba, para el cofrade todas las semanas son Semana Santa y todos los días son Sábado Santo y vigilia del amanecer que con su luz madrugadora trae resurrección redentora.

El cofrade no puede ni debe evitar que sus obras sean conocidas, también he dicho del testimonio que en estos tiempos difíciles y convulsos están dando en unión y comunión con el resto de cristianos.

Pero el cofrade, y creo no equivocarme si digo que aquí todos los somos, calla, callamos, la otra parte, la que no sale en los informativos, la que no merece un breve o una simple línea en un diario, la que más de una vez le ha quitado el sueño, la que más de un día le lleva delante de un sagrario no para pedir para él, sino para pedir por y para los demás, y si acaso pide algo para sí mismo es, simplemente, la fuerza que necesita para seguir siendo hermano de sus hermanos, sostén emocional de la anciana viuda, compañera del enfermo o, sencillamente, el paño de lágrimas de su desesperado vecino, padre de familia, que por no tener ya nada no tiene ni derecho al paro.

El cofrade sabe que él no es la solución a los problemas y dolores de esta sociedad, pero es consciente que el cielo falto de una estrella ya no sería tan inmenso ni la mar océano sería tan océano si le faltara una sola gota de agua. Por eso no cesa en su empeño, no ya para que no sea suya la estrella o la gota que falte, sino que tampoco falten las de otros cristianos acaso menos comprometidos, pero de buen corazón y mejor voluntad.

El cofrade agarra su Cruz y, a fuerza de llevarla arrastrando por el asfalto de la vida, le va comiendo gramos de peso que rebajan el peso de la Cruz de Cristo, y no se queja, sino que cada día toma de la joven siempre Virgen María la alegría de su embarazo, la ilusión de su maternidad para comenzar una jornada que sólo acabará al anochecer, cuando consuele a María, virgen y ya mujer madura, por el hijo que acaba de dejar en la fría piedra de un sepulcro.



El cofrade es dos veces cristiano, por cristiano y por cofrade, por eso se agarra al signo de la Cruz y, aunque la más de la veces no entiende de teología y latines, y también a veces falla más que “una escopeta de caña”, recuerda la frase que un día le dijo su confesor y que dijo un escritor insigne: “todo santo tiene su pasado y todo pecador su futuro”; y da testimonio con lo más simple que puede hacerlo... ¡su propia lucha por vivir como un cristiano!

Ojalá nunca le falte al cofrade una Cruz por la que luchar, una sonrisa para regalar, ni un Ave María para rezar. Ojalá con su Cruz, su sonrisa y su Ave María, el cofrade, proclame a los cuatro vientos:

Te adoro, ¡oh, Jesús!
te sigo y te bendigo,
porque con tu Santa Cruz
muestras a tu pueblo cristiano
cuál es nuestro camino.





Como muestra de unión fraternal
entre las dos Cofradías más antiguas de Málaga,
cuna y origen de nuestra Semana Santa,
y con todo mi cariño

Laura Berrocal Montañez

Hermana Mayor de la Archicofradía de la Sangre







Hermandad Sacramental y
Reales Cofradías Fusionadas